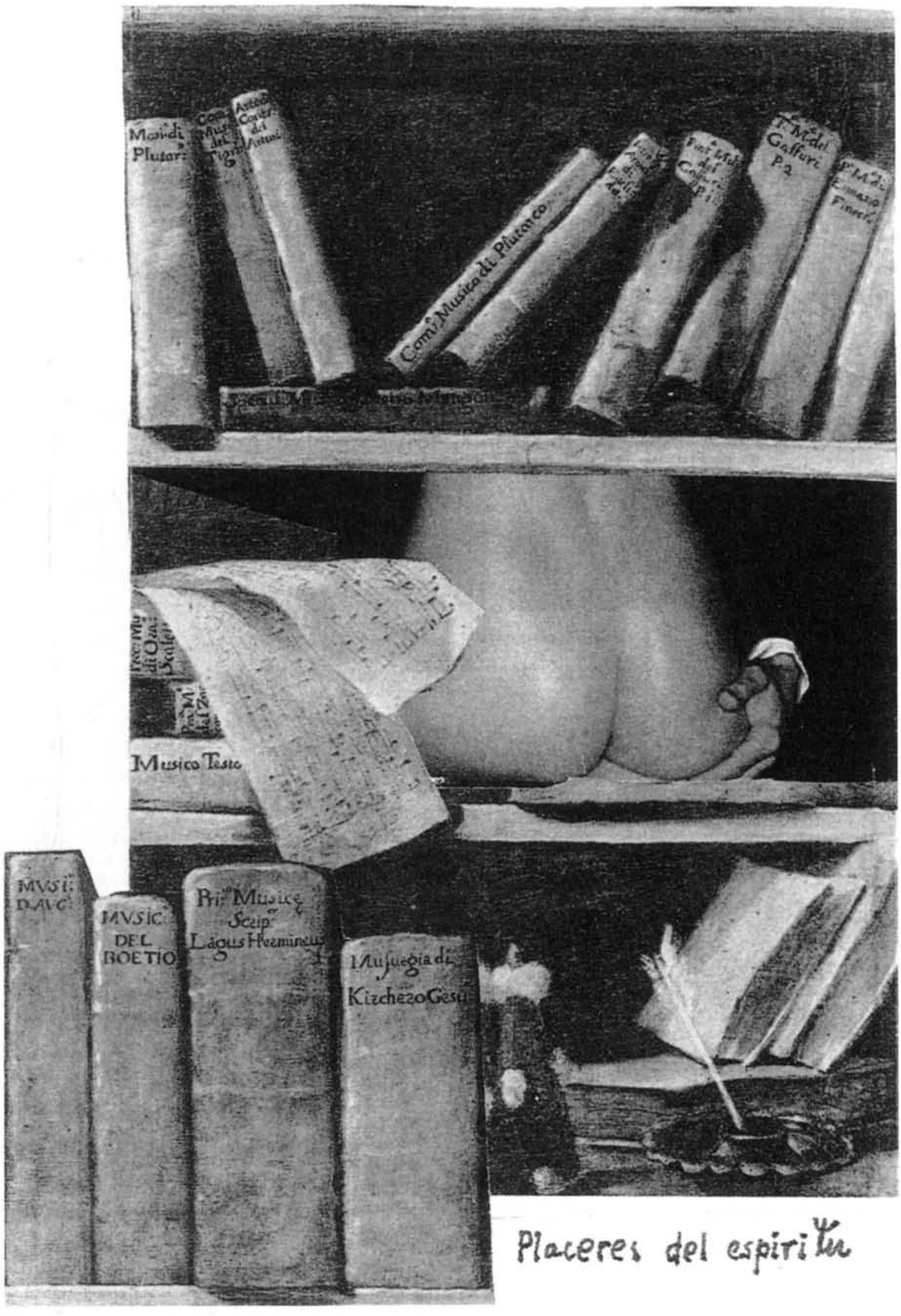
BIBLIOTECA



Collage **de Enrique Molina (1996)**

De política hispanoamericana

1

El propósito de este libro*, primero de una serie de cinco sobre el tema de la reforma constitucional, es debatir el ideario neoconservador y las consecuencias de la aplicación de las tesis económicas neoliberales. El libro no tiene desperdicio por tres razones. La primera, por la personalidad del autor, un expresidente argentino; la segunda, por el proyecto político (Unión Cívica Radical) que representa; y la tercera por ahondar una vez más en el debate sobre las consecuencias que a largo plazo pueden tener las políticas actuales de apertura comercial, desregulación, ajuste en el gasto, flexibilización laboral e impulso privatizador. Así, el libro puede ser leído por un estudioso interesado en atender la evolución del pensamiento político argentino, por un votante radical a modo de compendio de los nuevos planteamientos de su partido, o por un interesado en saber cuáles son las posibles alternativas a la ola neoliberal.

El hilo central que anima el pensamiento del autor es la defensa del Estado del Bienestar actualizado, lo que él mismo llama el «Estado legítimo», entendido como la plena complementación entre libertad e igualdad. Este concepto permite, según las propias palabras del expresidente, «comprender la urgencia de construir el consenso que permita resguardar los poderes democráticos, amenazados por la construcción del poder económico, la dispersión de los sectores políticos y el debilitamiento de las fuerzas del trabajo».

El libro comienza con el análisis del «Estado legítimo» y a partir de ahí se desgranan temas como el de la justicia, los compromisos sociales, el consenso entre las élites, la educación, la opinión pública, el disenso institucionalizado, los derechos humanos y el respeto por el pluralismo político. Posteriormente, describe el proyecto constitucional del Consejo para la consolidación de la democracia, el acuerdo entre el radicalismo y el justicialismo, y se detiene en el análisis del Pacto de Olivos y su debate en la Convención Constituyente, sobre el que aporta reflexiones y hechos hasta ahora poco conocidos.

El texto termina con una reflexión global y unas propuestas concretas políticas. Según Alfonsín, hay que seguir trabajando para encauzar una transformación profunda que establezca unas bases para una nueva convivencia entre los argentinos. Este esfuerzo debería plasmarse más tarde o más temprano en una reforma de la Constitución Nacional. Para atenuar el

* Democracia y consenso. A propósito de la reforma constitucional. *Raúl Alfonsín. Tiempo de Ideas-Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1996 (477 págs.).*

sistema hiperpresidencialista existente habría que vigorizar la división de poderes, fomentar la descentralización y potenciar la acción de los partidos políticos. Por ello, y como elementos más importantes, sería necesario fortalecer el papel del Congreso en la vida política, alcanzar una justicia más transparente, vigorizar el régimen federal, potenciar la autonomía municipal, ampliar el papel del defensor del pueblo, garantizar a los partidos políticos espacios equitativos en los medios de comunicación, favorecer la existencia de un Estado multicultural y pluriétnico, y extender a toda la población la gratuidad de la educación.

En un momento como el actual, en que Domingo Cavallo (símbolo del neoliberalismo más extremo) ha sido destituido como ministro de economía, y en el que el desempleo ha venido creciendo en Argentina durante los últimos años, el texto de Alfonsín cobra mayor vigencia y sus ideas más protagonismo. En definitiva, se trata de una propuesta dirigida no sólo a los radicales argentinos, sino al conjunto de los ciudadanos –y por supuesto a los políticos– que se precien de serlo.

2

Desde 1990 México ha reclamado sistemáticamente la atención de la prensa internacional: a los inversores les desquiciaban o encandilaba según el momento las noticias procedentes de aquel país; a los analistas les desbarataban sus sesudas previsiones; y a algunos trasnochados supervivientes sesentayochistas les hacían recordar que quizás no todo estaba perdido. A finales de 1993, parecía que México se había incorporado plenamente al club de los países desarrollados. Sin embargo, de la noche de fin de año de 1993 a la mañana del primero de enero de 1994 todo comenzó a cambiar. El levantamiento de Chiapas, los asesinatos de importantes líderes políticos, la denuncia de grandes tramas de corrupción y el colapso de la economía a partir del 20 de diciembre de 1994, derrumbaron la buena imagen de México.

Andrés Oppenheimer*, periodista de origen argentino y radicado desde hace años en EEUU, conocido por haber recibido el premio Pulitzer en 1987 por la cobertura que realizó del escándalo Irán-Contras, y el premio Ortega y Gasset por sus crónicas desde Cuba, nos brinda ahora un libro basado en entrevistas exclusivas con los actores principales mexicanos de los últimos años, en el que se nos revelan las intrigas palaciegas ocurridas. El libro está bien escrito y engancha desde la primera página, aunque a veces el autor tiende a sobrevaluar su protagonismo y se echen en falta algunas

* México: en la frontera del caos. La crisis de los noventa y la esperanza del nuevo milenio. *Andrés Oppenheimer. Javier Vergara Editor S.A., México, 1996 (368 págs.).*

entrevistas como la de Manuel Camacho, Samuel Ruiz o Cuautémoc Cárdenas.

La tesis central de Oppenheimer no es novedosa, pero ha generado una fuerte polémica. En síntesis, viene a decir que la crisis actual de México no se debe a causas económicas sino políticas, por lo que mientras no se establezca una profunda transformación en el sistema político no se saldrá de la espiral de los problemas sociales y económicos. El autor afirma que hay que desterrar la idea de que la ausencia del PRI signifique el caos (p. 97) y defiende que Ernesto Zedillo está impulsando los cambios políticos para adecuar las instituciones a los nuevos tiempos, modernizar la justicia y erradicar la corrupción. México está comenzando a transitar –según Oppenheimer– del país de las máscaras, la mentira y la ficción que Octavio Paz describiera en 1950 en *El laberinto de la soledad,* a otro moderno, transparente y plenamente democrático.

Desgraciadamente, la tesis central del libro no está siendo debatida, sino más bien algunas afirmaciones. Desde luego, algunas no tienen desperdicio. Sirvan de botón de muestra las siguientes. Las nuevas generaciones de políticos, aún habiendo sido educadas en EEUU, siguen siendo vástagos de los caciques de la tribu (p. 90). Las privatizaciones han favorecido a un reducido grupo cercano a Salinas. La ideología no es el centro de las discordias, sino las luchas entre distintos grupos de poder y sus clientelas (p. 323). El antinorteamericanismo es un mito, manejado por el gobierno con fines políticos (p. 11). La revolución mexicana fue una lucha caótica ganada por las fuerzas más conservadoras (p. 112). La sociedad mexicana es contradictoria (indígenas/españoles, revolucionarios/conservadores, bebedores/arrepentidos). Salinas reforzó el sistema oligárquico a través de mecanismos propios de la mafia (p. 118). México es un país de hombres, no de instituciones (p. 223). La devaluación del 20 de diciembre de 1994 hizo ganar millones a un reducido grupo de mexicanos (p. 233). En México prima la cultura del engaño (p. 279), de la simulación (p. 287).

Quizás haya que explicar que la polémica que el libro está suscitando no sea tanto por qué y cómo se dicen ciertos asuntos sino por quién lo dice. El problema ha saltado a la palestra cuando la ropa sucia ha comenzado a lavarse también fuera de casa y, en concreto, por un periodista argentino desde los EEUU. Que México funciona de forma clientelar se ha dicho muchas veces (Paz, Fuentes, Castañeda, Meyer, entre otros). El problema es que Oppenheimer ha puesto nombres y apellidos en un momento delicado en que México depende de su imagen internacional para atraer inversiones. Quizás este sea un ejemplo de que la transformación no tiene en México posibilidad de retorno y que en un mundo globalizado es bastante

complicado mantener separados los asuntos propios de la política externa de la interna. Parece obvio reconocer que en el nuevo escenario del TLC los sentimientos nacionalistas y las actitudes frente a lo externo están evolucionando tanto en EEUU como en México.

3

Carlos Tello*, consagrado escritor mexicano, nos brinda ahora su visión de los sucesos de Chiapas. El libro, excelentemente escrito, narra la historia de cómo fue surgiendo el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El primer capítulo comienza con la descripción de la rebelión durante los primeros días de enero de 1994 y posteriormente se desgranan algunas de las causas que la hicieron surgir: la emigración de los indios hacia la región de las Cañadas empujados por el crecimiento demográfico y la conversión de las haciendas cafetaleras chiapanecas en ganaderas. La selva se fue constituyendo así en una tierra de promisión, habitada por una sociedad multicultural con fuertes tensiones.

En el capítulo segundo se cuenta cómo fue naciendo paulatinamente la conciencia revolucionaria y cómo se fue estructurando el movimiento social y político en Chiapas: el inicio de la teología de la liberación (1971); el desalojo de más de 4.000 familias choles y tzeltales con motivo del Decreto de 6/III/1972 que repartió la tierra entre 66 familias lacandonas; la llegada a la zona de las Fuerzas de Liberación Nacional (1974); la realización del Primer Congreso Indígena de Chiapas (1974); la aparición de las fuerzas Unión del Pueblo (1975), Política Popular (1976) y Línea Proletaria (1978); el nuevo desalojo de cientos de familias tzeltales con motivo del Decreto de la Reserva Integral de la Biosfera de Montes Azules (1978); y la creación de la Unión de Uniones Ejidales y Grupos Campesinos Solidarios de Chiapas (1980) junto con la Organización Campesina Emiliano Zapata (1982).

En el capítulo tercero se narra la represión que se inició con el nombramiento de Absalón Castellanos como gobernador del estado de Chiapas (1983), la llegada de los nuevos grupos guerrilleros y la creación del EZLN (1983) y de cómo la población se fue dividiendo entre un bando pacifista (zonas controladas por las sectas protestantes y los jesuitas) y otro insurgente (bajo la influencia de los maristas y los dominicos). Paralelamente, se recuerdan los intentos que hiciera la Comisión Nacional para la Protección y Desarrollo de la Selva Lacandona en 1986-1987 (entre cuyos integrantes estaban Manuel Camacho y Carlos Salinas) para pacificar la región y de cómo la elección de Patrocinio González Garrido como goberna-

* Chiapas. La rebelión de las Cañadas. *Carlos Tello. Acento Editorial, Madrid, 1995 (253 págs.).*

dor del estado (1988) y de Carlos Salinas como presidente (1988) no ayudaron a contener el ambiente de violencia existente.

En el capítulo IV se narra la evolución del EZLN en la década de 1990 y de cómo se fue extendiendo sobre el resto de las organizaciones, incluida la Iglesia. Se recuerda que las noticias de los cambios en la URSS enfriaron los ánimos revolucionarios a comienzos de 1992, pero que posteriormente las discusiones sobre el TLC, la reforma del artículo 27 de la Constitución Mexicana (sobre los ejidos), la caída del precio del café, la crisis de la ganadería y la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento volvieron a encender la llama de la lucha por la liberación.

En el capítulo V se describe cómo se fue generalizando la violencia en la selva durante el año de 1993 a pesar de la militarización de la zona (el gobierno sistemáticamente negó la existencia de la guerrilla explicando que el ejército luchaba contra el narcotráfico) y el reparto de recursos a través del Programa Nacional de Solidaridad (Colosio y Salinas visitaron Ocosingo). Los finqueros sabían bien que algo importante se estaba cociendo y la prensa denunció repetidas veces la existencia del EZLN. El libro se cierra con la descripción de la vida de la guerrilla, sus estrategias y acciones militares en enero de 1994.

En suma, quien lea el libro comprenderá que a muy pocos del gobierno federal y menos del estado de Chiapas les debió de sorprender el levantamiento del EZLN en enero de 1994. ¿Por qué se decidió presentarlo públicamente como una sorpresa? ¿Fue utilizado como un mecanismo de presión por ciertos grupos que comenzaban a ser desplazados? Son preguntas que el libro no despeja, pues no se entra a analizar cómo y por qué se fueron tensando desde 1988 las relaciones entre los distintos grupos de poder a nivel federal. Seguramente si se planteara que el levantamiento de Chiapas fue viable debido a las resquebrajaduras existentes en el sistema político, en vez de interpretar que fue la causa de dichos desajustes, se comprendería mejor el alcance del movimiento. De todas formas, es un excelente libro que hay que leer.

4*

La región del Magdalena Medio en Colombia y, en concreto, la zona del Carare, se caracteriza por su violencia. Se han alcanzado cotas insospechadas tanto en el número de los asesinatos, como en las formas de crueldad desarrolladas. Durante los años setenta, las guerrillas FARC trataron de poner orden en aquellas regiones de Colombia que de forma espontánea habían crecido como resultado de

* Hijos de la violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a «golpes» de paz. *Alejandro García. La Catarata (Madrid, 1996). 319 págs.*

la presión demográfica a la sombra del control del Estado. En un principio existió una relación de mutua correspondencia entre las guerrillas y los campesinos. Las primeras evitaban la extensión de las prácticas latifundistas a la vez que protegían a los campesinos de ataques externos, a cambio de que éstos colaboraban en su financiamiento. Sin embargo, estas relaciones de cordialidad se resquebrajaron con el tiempo. Las guerrillas, con necesidades económicas crecientes, fueron presionando abusivamente a unos campesinos empobrecidos, generándose en consecuencia el círculo vicioso de la violencia. Aquel que no pagara o estorbara a las guerrillas era eliminado. Por si fuera poco, a este escenario se le sumó en los años ochenta la presencia de los paramilitares, verdaderos ejércitos irregulares de represión, financiados y apoyados por grandes ganaderos y sobre todo por las mafias de la cocaína procedentes de Medellín con el beneplácito del ejército colombiano. Su misión era acabar con las guerrillas FARC en la región. El resultado práctico fue que guerrilleros y paramilitares, en vez de combatirse de frente, se dedicaron a extorsionar a los campesinos con la excusa de que apoyaban a uno u otro bando. La guerra la hacían las guerrillas y los paramilitares, pero los muertos los ponían los campesinos.

En este proceso, el corregimiento de la India de la región del Carare fue especialmente castigado (entre 1977 y 1987, hubo 500 asesinatos en una población de 7.000 personas). Sus habitantes, desesperados y atemorizados ante la escalada de violencia, se propusieron finalmente romper en mayo de 1987 con el círculo vicioso generado. Parlamentaron con las FARC y los paramilitares, y se negaron a incorporarse a ninguno de los bandos tal como se les exigía. Su lema era «morir antes que matar». Renunciaron a cualquier forma de enfrentamiento y desterraron las armas de la región. Nació así la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, presidida por su líder natural, Josué Vargas.

El libro cuenta la historia de la Asociación y de cómo sus estrategias pacificadoras se fueron imponiendo sobre el ruido de las armas. El texto es importante por varias razones. Su forma de narración rompe con bastantes moldes prefijados del quehacer tradicional académico. Se nos narra una historia, y muy bien por cierto. Con ello, se superan elegantemente las tensiones clásicas entre antropología, historia, sociología, ciencia política y periodismo. Al mismo tiempo se permite que el lector pueda realizar diferentes lecturas. El que vaya buscando simplemente qué es lo que pasó se entera de los acontecimientos. El que esté interesado en una experiencia pacificadora conoce cuáles han sido los costos del proceso y sus resultados. Y el que esté preocupado por conceptualizaciones más teóricas, como las diferencias interculturales y las prácticas de la violencia, incorpora información de

primera mano para revisar los modelos explicativos existentes.

Se trata en suma de un libro fresco, lleno de vida, que puede ser leído por los campesinos del Carare, los académicos o por cualquier ciudadano interesado en conocer una experiencia diferente. Una historia que nos recuerda lo grande que puede ser lo pequeño. Esperemos que su lectura divulgue la experiencia de estos campesinos colombianos.

Pedro Pérez Herrero

Revisión de la Guerra Civil*

Desafortunadamente, el cincuentenario del duelo más sangriento entre los españoles no ha dado lugar a la síntesis requerida por la magnitud del acontecimiento y su trascendencia en la historia nacional e internacional. Tampoco cabe afirmar que se entrojase la cosecha de monografías y trabajos menores que el desarrollo adquirido por los estudios acerca de la Edad Contemporánea en nuestro país experimentaron en los dos decenios precedentes hacía legítimamente esperar. Desde luego, fueron muchas las aportaciones de este tipo; pero nunca satisficieron las esperanzas que, en cantidad y calidad, se albergaron en los años inmediatos a la «celebración» del medio siglo de la contienda en los medios más sensibles de la sociedad hispana, sobre todo en las capas que guardaban un recuerdo estremecido del drama. Como es obvio, ello no significa en manera alguna hacer injusticia ni sepultar en el olvido las numerosas aportaciones que en todos los terrenos de aquel aleccionador pasado se hicieron desde las principales tribunas académicas y editoriales. En particular, merecen destacarse las debidas a algunos de los miembros de las generaciones historiográficas más jóvenes que, con sus trabajos, ensancharon la comprensión del conflicto y, personalmente, cimentaron un prestigio científico acrecentado, en ciertos casos, después.

Ningún maleficio pesaba, naturalmente, sobre la reconstrucción de los jalones fundamentales de la contienda así como de su etiología y efectos. Aunque otros pueblos con niveles historiográficos superiores a los españoles no han logrado aún llevar a buen puerto un empeño semejante sobre episodios capitales de su reciente contemporaneidad –recuérdese, por vía de ilustración, lo lejos que aún andan los franceses de poseer una imagen veraz e inteligible de la «Liberación» o de lo que acaece en Alema-

* La Guerra de España 1936-1939 *E. Malekafis, ed., Madrid, Taurus, 1996, 679 pp.*

nia respecto al nacimiento y evolución del nazismo–, las circunstancias de la época y la roturación llevada a cabo en las décadas anteriores de los terrenos y temas que convergían en la fractura nacional de los años 30, semejaban propiciar una coyuntura muy favorable para acometer, con garantías de solvencia, una tarea sin duda difícil pero exigida por toda la comunidad española para afirmar las bases de su nueva y feliz convivencia democrática. En efecto, esta nueva situación favorecía, por la adultez que implicaba del espíritu cívico y de la tolerancia ideológica, la creación de un clima adecuado para que, *sine ira et cum studio,* los estudiosos se sumergiesen, absorbente y desapasionadamente, con voluntad y esfuerzo de entender y, sobre todo, de explicar todas las posiciones en la apasionante labor de poner en circulación la historia de la guerra civil de 1936 que desde todos los rincones de España se demandaba, sin que se reemplazase una leyenda por otra o una manipulación por la de signo opuesto.

Sin embargo, no sucedió así, al menos como tónica general. Una mínima autocrítica del gremio de los contemporaneístas –ejercicio siempre saludable– no puede por menos de conducir a un juicio negativo del talante con que una buena parte de los historiadores y ensayistas que afrontaron el reto lo hicieran desprovistos de apriorismos y unilateralidades. Incluso figuras relevantes participaron de esta atmósfera viciada.

El libro dirigido y compilado por Eduard Malefakis –reproducción de los artículos aparecidos en *El País* con motivo de los 50 años del inicio del conflicto– participa de todos estos caracteres. Muy desigual, refleja meridianamente los límites de la «celebración» a que acabamos de aludir. Así, por ejemplo, diversas facetas no se ven enriquecidas con estudios que superen a los ya conocidos. Empero, y por fortuna, una capital –la del número de víctimas y, singularmente, la cifra de los asesinatos a causa de la represión en una y otra zona–, tal vez la cuestión que más progresos ha alcanzado como consecuencia de los libros y artículos alumbrados en torno a los cincuenta años de la contienda, conoce mejor suerte en las páginas glosadas. En las investigaciones, metodología y guarismos se han afinado en comparación con los conocidos antes de que se cumpliese el medio siglo de la tragedia. En casi todas las regiones, el balance realizado puede estimarse como muy cercano a lo definitivo en punto a cifras; bien que, con todo, existan algunas provincias como la sevillana –«Sevilla la roja» al tiempo que símbolo y encarnación por antonomasia de la oligarquía señoritil y latifundista– en la que el *approche* se encuentra aún lejos de ofrecer, cuantitativa y cualitativamente, un cuadro satisfactorio. Transitado con preferencia por la polémica, dada su extremada importancia y lo per-

durable de sus secuelas, este campo de la investigación ha probado, no obstante, con sus indiscutibles logros, los avances de que es capaz la historiografía hispana cuando está en posesión de una buena herramienta utilizada sagaz y tenazmente, con resultados a los que ni siquiera la parcialidad ideológica o el espíritu de controversia han conseguido lastrar.

Historiadores pertenecientes a las promociones más flamantes, penetrados de la trascendencia del capítulo que marca la piedra miliar del pasado reciente del pueblo español e imantados por los diversos factores y protagonistas de él, entenderán fácilmente el mensaje desprendido por la abortada conmemoración de 1986 y encaminarán sus afanes a no faltar nuevamente al compromiso que, individual y colectivamente, tienen contraído con su sociedad.

José Manuel Cuenca Toribio

Retrato de una «modelna» total

Una de las voces nuevas más interesantes de la reciente narrativa española es la de Gabriela Bustelo, cuya primera novela, *Veo Veo**, tiene un inconfundible aire rupturista. No se trata de una propuesta experimental ni de vanguardia, sino de un modo de hacer literatura que, ajeno a modelos conscientes, responde a una personal manera de comprender el mundo. Puesto que la protagonista ve la realidad como fragmentación, reiteración y absurdo, su relato será sincopado, repetitivo y enajenado. De ahí surgen los caracteres de toda la materia novelesca: personajes definidos desde fuera, guiados por una frenética actividad sin sentido; ambientes en apariencia variados, pero idénticos en su monotonía, y una acción gratuita porque no conduce a ninguna parte y no tiene otro fuste que la pesadilla.

El hilo conductor de *Veo Veo* gira en torno a las confesiones de una joven profesional muy independiente y neurótica: una «modelna total», por decirlo como ella. La chica, víctima de una trama conspiratoria, contrata a un detective privado para saber quién y por qué se la vigila. El enigma conoce cien enredos, el disparate sustituye a la lógica y la historia carece de resolución. Todo ello va a parar, si es que para en algún sitio, a una especie de tesis, no formulada como tal, que podríamos compendiar en la escueta reflexión que ella lanza al

* *Gabriela Bustelo,* Veo Veo, *Barcelona, Anagrama, 1996, 178 p.*

comienzo de su peripecia: «Qué vida ésta».

Tal vez no hay más pensamiento ni más enjundia que la de esta sentencia en la creativa sarta de situaciones que desfilan por la novela. Pero es en su misma banalidad e instrascendencia una síntesis filosófica que retrata un momento histórico acotado en una parcela de la realidad. Se trata de los *yuppis* de vida desenfadada e inconsciente que en esos años pasados de la movida madrileña hacen día de la noche, viajan por el alcohol y la coca, se entregan a la música y no se sabe muy bien lo que quieren, si algo quieren. Mientras tanto, tienen la sala de estar en locales famosos que la narradora recorre en una carrera loca que va de *Pachá* a *Archy*, de éste a *Joy* y así sin parar.

Destaca en Bustelo su capacidad para captar y reproducir esa experiencia generacional de un tiempo sin más ideología que un perentorio hedonismo. La autenticidad de ese reflejo viene no tanto de detalles concretos como de una postura entre distanciada, irónica y dolida. Si la obra trae tal mensaje, debe aclararse que no se formula como una tesis y que no hay ninguna argumentación seria o solemne. El sentido se produce a través de la levedad de la broma desenfadada, del disparate, del caos onírico y de la paranoia.

La deliberada falta de modelos literarios se sustituye por múltiples reflejos de actualidad: lo audiovisual impregna todo el relato y sus secuencias tienen clara inspiración fílmica. Pero, sobre todo, esta literatura que se quiere moderna posee una vieja raíz, la del costumbrismo. Un costumbrismo bastante conservador que se queda en sucesión de tipos y estampas y que da como resultado una visión muy estática del mundo. De ella no se extrae ningún valor ni ninguna propuesta de acción, a no ser un nihilismo acunado en el blando lecho del *confort*. Debe destacarse lo muy bien facultada que está Bustelo para esa aprensión epidérmica de la realidad y la carga de sinsentido que logra recrear. Es un mérito de la joven narradora, pero más que éste impacta su prodigiosa cualificación para captar unas formas expresivas. Bustelo fotografía un tiempo y unas inquietudes gracias a una capacidad lingüística enorme para reproducir y casi inventar con alta creatividad el idiolecto de ese grupo social y para convertirlo en reflejo de una mentalidad.

El valor de *Veo Veo* hay que ceñirlo a un atractivo juego de muy amena lectura, a un empeño muy digno pero menor, entre otros motivos por su clamorosa precariedad argumental. Pero sí tiene un buen puñado de virtudes: gracia, frescura, impudor e inteligencia. Y, sobre todo, una habilidad verbal que convierte en arte la jerga de un grupo.

Santos Sanz Villanueva

Una relación peligrosa: Arendt-Heidegger

Heidegger vuelve a escena y lo hace ahora –después de la importante biografía (y biografía intelectual) de Elisabeth Young-Bruehl– de la mano de Elzbieta Ettinger*, profesora de humanidades en USA y autora de varias obras, entre ellas la novela *Kindergarten* y una biografía de Rosa Luxemburgo. Ettinger ha rastreado la relación entre Martin Heidegger y Hannah Arendt. Este librito puede leerse como un complemento de esa monumental biografía mencionada. Hay que decir inmediatamente que es injusto que Ettinger no mencione a Young-Bruehl. El problema de esta relación, que muy bien narra en su libro, estaba ya bastante planteado en la biografía y estudio del pensamiento de Arendt: *Hannah Arendt. For Love of the World* (1982). Además, en ella se hace más evidente todo lo que Arendt pensaba de la obra de Heidegger, las causas de su interés y las no menos fuertes de su lejanía. La historia es ya muy conocida: un día de 1924, en la universidad de Marburgo, Hannah Arendt asiste a las clases de Martin Heidegger. Desde 1925 a 1930 fueron amantes (Heidegger estaba casado con una señora de armas tomar que fue, con el transcurrir de los años, una ferviente animadora del nazismo). El filósofo se afilió al Partido Nacionalsocialista en 1933. La amistad se rompe en esa fecha y se reanuda en 1950, continuando hasta la muerte de la pensadora, unos meses antes del fallecimiento del autor de *Ser y tiempo.*

Heidegger fue nombrado en 1933 rector de la Universidad Albert-Ludwig de Friburgo y pronuncia, poco más tarde, su terrible discurso afín a la ideología nazi. Arendt, en la misma fecha, es arrestada por la polícia de Berlín. Durante su época de rector, Heidegger bloqueó las carreras académicas de varios estudiantes (Baumgarten, Max Müller) por encontrarlos poco fervorosos respecto del Tercer Reich. Pero su afinidad con el movimiento nazi es anterior, porque de 1929 data una carta suya (dada a conocer en 1989), dirigida a un alto funcionario del Ministerio de Educación, en la que se denuncia la «creciente judaización» de la universidad. En el mismo año de su nombramiento, el maestro de Heidegger, Husserl, recibe una circular, firmada por el primero, en la que se le prohibía entrar en el edificio de la universidad. Al reeditarse *Ser y tiempo,* Heidegger anula la dedicatoria a Husserl. Además de sus desplantes a sus amigos judíos, hay hechos generales que no le

* Hannah Arendt y Martin Heidegger, *Elzbieta Ettinger, traducción de Daniel Najmías. Ed. Tusquets, Barcelona, 1996.*

afectaron, como que su amigo Jaspers fuera excluido de toda actividad académica desde 1933 por estar casado con una judía y que en 1937 se dejaran de publicar sus obras en Alemania. Hay un largo etcétera que convierte a Heidegger, a los ojos de cualquier persona decente, en un hombre mezquino, mentiroso y terrible. Pero hay otro Heidegger: el gran profesor, el *último* metafísico, el seductor que logró apoderarse de la crítica de personas tan inteligentes como Jaspers y la misma Arendt, hasta el punto de que no se atrevieron a romper con su amistad. Es verdad que Jaspers tuvo una actitud más distante, pero nunca lo fue del todo, nunca rompió totalmente con Heidegger. En cuanto a Arendt, pasó de ser su amante a su amiga, pero una amiga (se había casado en 1929 con Günther Stern y luego con Heinrich Blücher) que rivalizaba con la esposa del filósofo. Por otro lado, no fue un verdadero amor: Heidegger nunca la consideró su igual sino su alumna, su seguidora, su lúcida oyente, pero jamás la reconoció como pensadora y sólo una vez, en su vejez, deslizó un elogio y no sobre sus obras principales sino respecto a un artículo. Y esto es sorprendente porque ella alcanzó en vida la fama por sus valientes y lúcidos ensayos sociales y de teoría política. Aunque reconoció que se hacía la tonta con Heidegger, nunca se preguntó la causa. Conocía las leyes del juego, pero no el significado del mismo. No hay al menos, y el libro de Ettinger tampoco lo muestra, ningún testimonio de lo contrario. La palabra a la que estamos dando vuelta puede ser humillación. A pesar de que sabía que Elfride Heidegger era y fue siempre nazi y que el filósofo no se arrepintió jamás de haberlo sido, no tuvo el coraje de enfrentarlo ni de criticarlo públicamente, salvo en una ocasión que más tarde desmentiría influída por una conversación con Heidegger en la que éste mintió al decirle que no había tenido nada que ver con el nazismo, más bien todo lo contrario: había ayudado a muchos judíos, etc. Ettinger no hace uso de la psicología para penetrar en la vida de Arendt: la muerte de su abuelo paterno, con quien estaba muy unida, y la de su padre, muerto de sífilis cuando ella contaba siete años; el casamiento de su madre, a los trece años de Arendt, con un hombre que fue siempre para ella un extraño, etc. Su despertar al mundo fue la constatación de la extrañeza y de la inseguridad. Además, a estos desconciertos unía su condición de judía. Sin embargo, Arendt fue una mujer socialmente segura, intelectualmente penetrante, capaz de grandes desafíos, incluso, dice Ettinger, arrogante en ocasiones; pero no con Heidegger. Ante él nunca estuvo segura. ¿Qué era entonces Heidegger para ella? El filósofo tenía treinta y cinco años, casado y padre de dos hijos, cuando se declaró a Arendt, de dieciocho años. Acababa de terminar el manuscrito de *Ser y tiempo*. Se había

enamorado de Arendt y quería ser –un deseo que lo acompañó toda su vida– un ídolo para ella. Lo consiguió. Si pensamos que Heidegger representó la figura paterna (suplantada en su casa por un extraño), que al enamorarse de ella la situó de nuevo en el hogar y que por ello Arendt ante él no tenía palabra, no tenía pensamiento sino sólo adoración, apenas apuntamos una señal de algo más profundo. Arendt no quiso oír ni ver las evidencias, incluso llegó a reconciliarse con la mujer del filósofo, formando un par de amantes del genio de Selva Negra: Elfride, esposa; Arendt, el oído lúcido, el aliento de quien entiende pero no disiente. Si Arendt se hubiera distanciado de Heidegger o lo hubiera criticado públicamente, y razones no le faltaron, inconscientemente, a pesar de que vivía un matrimonio muy seguro con Blücher, tal vez habría vuelto al mundo desconcertante de su infancia. No digo que esto pudiera ser así sino que posiblemente fue un miedo que le acompañó toda su vida. Hannah Arendt, la intelectual preocupada por el mundo social, por la dimensión política de lo humano que ella convirtió en radical, era dueña, a su vez, de un pequeño misterio lleno de reflejos que convirtió su relación, con la persona Heidegger, en real e irreal. Heidegger, sin dejar de ser él, era también un fantasma ante quien la pequeña Arendt disimulaba su sospecha. Finalmente: aún necesitamos un buen ensayo sobre esta intrigante relación que tiene, por un lado una dimensión íntima y por el otro, un lado social, histórico.

Juan Malpartida

Epistolario de Pedro Salinas

Parece ser que la primera carta data de hace unos cuatro mil años, y se trata de una carta de amor escrita en Babilonia. Luego hubo cientos de años de grandes intermitencias hasta que en Inglaterra, en 1840, se puso en circulación el sello de correo. En nuestros días la correspondencia entendida en el sentido clásico (un papel escrito que se envía a alguien distante para comunicarle algo) ha disminuido en relación a lo que ha sido hasta hace bien pocos años. La proliferación mundial del teléfono, el fax y el correo electrónico han replegado la carta a una tarea anticuada. Tal vez el correo electrónico sea lo más parecido. Uno se acerca a ese buzón mágico para preguntarse si hay noticias, como nos acercamos a nuestro buzón cada día para abrirnos paso entre la maleza de publicidad a la búsqueda de la carta.

Gracias a que el progreso no lo es de manera definitiva, es decir que no terminamos de progresar, y por lo tanto a lo mejor volvemos a la carta, tenemos la oportunidad de leer correspondencias que despiertan nuestra pasión de lector, como ésta de Salinas editada con celo y competencia por Enric Bou*. En estas amplias 255 páginas se antologan las cartas que Salinas escribió a su familia y a algunos amigos, especialmente a Jorge Guillén. Son las cartas del Salinas viajero o simplemente ausente de algún supuesto o real hogar, desde su noviazgo con Margarita Bonmatí al comienzo de la segunda década del siglo, hasta su muerte en 1951. Las cartas dirigidas a Guillén ya habían sido publicadas en un grueso e interesante volumen: *Correspondencia, (1923-1951)*. El criterio de introducirlas aquí está justificado porque da coherencia a lo que podríamos denominar novela o autobiografía epistolar.

Hay que señalar lo que ya sabíamos tanto por *El defensor* como por las otras prosas de Salinas, su calidad prosística. En el intercambio con Guillén se hace evidente que el poeta madrileño, inferior a Guillén, le supera con mucho en la prosa. No es cuestión de ser cicatero con Guillén, que logró uno de los momentos más altos de nuestra poesía en este siglo, sino de recordar lo que el mismo Guillén sabía, que su amigo Salinas debería haber escrito más en prosa, especialmente crónicas, género en el que demostró maestría y facilidad. A veces creo que es lícito recordar al Calvino cronista. Las cartas aquí reunidas se podrían definir en tres bloques: las enviadas a su novia (luego esposa), un grupo menor, a sus amigos o corresponsales literarios y, finalmente, las que dirigió a sus hijos, aquéllas que él denominaba «carta familiar». En las escritas a su mujer, se observa una gran soltura, sentido del humor, y una libertad que no se permitió en sus poemas. En sus poemas es mucho más aburrido, mientras que aquí la escritura se dobla, salta, despliega rostros instantáneos sobre una misma línea mantenida por lo que es justo denominar gracia. Al comienzo de esta correspondencia con la novia, todavía encontramos algo antiguo, quizás cursi, influido tal vez por su admirado Juan Ramón Jiménez; pero no tarda Salinas en convertir la debilidad en fortaleza. Creo que es el humor el que opera este cambio constante hasta llegar a escribir cartas que son verdaderos textos literarios. Son una creación literaria. Sus descripciones, hechas para sus hijos, de los logros tecnológicos del mundo norteamericano son estupendas: demuestran sensibilidad, dotes inusuales de observación y gusto por la comunicación. Lo mismo hay que decir de su virtuosidad como retratista o su don de síntesis cuando necesita hacerse entender en algún sentido abstrac-

* Cartas de viaje (1912-1951), *Pedro Salinas, Edición, prólogo y notas de Enric Bou, Ed. Pre-textos, Valencia, 1996.*

to. Salinas escribía su correspondencia oyéndola, es decir: tenía conciencia de que buscaba la belleza de la escritura y que no se conformaba con una mera comunicación. No, este gran defensor de la lectura y de la carta, sabe que la comunicación es mayor si hay emoción estética y trató de transmitir a sus destinatarios algo más que datos que pudieran recibirse de cualquier forma. Las cartas de Salinas abren un espacio y convocan a la reunión. De hecho, la «carta familiar» estaba destinada a ser leída en voz alta, a que todos en su familia pudieran leerla. De alguna forma era una puesta en escena de la comunicación, una manera de anular la distancia. Por otro lado, es admirable la fidelidad hacia los suyos que se deduce de esta correspondencia. Se echa de menos, sin embargo, algo de sombra. Desde 1912 a 1951 pasan muchas cosas en la historia e imagino que también en la historia de su mujer y en la suya propia. Hay cordialidad, entusiasmo; sin duda Salinas amó a su mujer y a sus hijos, pero no podemos decir que de estas cartas se desprenda algo de misterio. No es que esté pidiendo una novela de género negro, sino que la oscuridad, la parte, por decirlo así, demoníaca, es propia de nuestra condición. Salinas, ante oscuridades, siempre mostró un fervoroso voluntarismo. Por otro lado, esta correspondencia es muy familiar y por lo tanto se hacen patentes las buenas intenciones del padre de familia.

Se pueden y se deben hacer otras lecturas de este libro importante. Esto es apenas un apunte. Hay que analizar cómo entendió Salinas el mundo americano (el anglosajón y el latino), qué idea tuvo de los países hispanoamericanos que visitó y en los cuales fue conferenciante. Tal vez vio América como una prolongación de España; por otro lado, es poco lo que nos dice aquí (o en toda la correspondencia con Guillén en el volumen referido) sobre literatura norteamericana. No la valoró mucho, a pesar de que fue coetáneo de una gran producción poética y novelística. Tanto Guillén como Salinas no sólo fueron españoles, fueron también hispanistas *full time*. Cierro aquí mis reservas; hay que señalar que muchas de estas cartas se leerán con el mismo valor que se otorga a sus mejores poemas.

J.M.

América en los libros

La movediza modernidad, *Saúl Yurkievich, Madrid, Taurus, 1996, 339 págs.*

A partir de un estudio introductorio que sincréticamente da cuen-

ta de la totalidad del contenido y confronta la modernidad en Hispanoamérica con su avatar postrero, lo postmoderno, Yurkievich alterna los análisis generales de cada período de la literatura (modernismo, vanguardia, barroco sincrético, neovanguardia) con estudios particulares sobre textos y autores representativos (Darío, Lugones, Borges, Vallejo, Huidobro, Paz, Girri, Orozco, Lezama Lima, Aridjis, Gelman), y sobre innovación de géneros e invención de dispositivos (el manifiesto literario, la metáfora de nexo excepcional, la imagen caótica, la subversión humorística, el entrevero tempoespacial, la hibridación genérica).

Concluyendo su recorrido crítico con un balance y perspectiva de la modernidad más reciente, el autor polemiza con los presupuestos del surrealismo, enfrentando los planteamientos de artistas como Roberto Matta que se llamaban a sí mismos realistas del Sur; pues, según ellos, lo que en Europa fue surrealismo, en Hispanoamérica fue realismo. Salvo Cortázar y Paz –de filiación surrealista– quienes estimularon la sensibilidad estética con las mutaciones de su estallada escritura, muy pocos se escaparon a la insuficiencia instrumental de esta estética. La convulsa y castastrófica realidad hispanoamericana, así como la utopía revolucionaria –afirma Yurkievich– más bien vincularon la poesía a la política, con afortunados ejemplos como *El mar* y *Taberna* de Roque Dalton cuya obra adopta numerosos recursos, la diversificación discursiva y la multiplicidad focal que caracteriza a la actual poesía hispanoamericana.

Barbarie y canibalismo en la retórica colonial, *Álvaro Félix Bolaños, Bogotá, CEREC, 1995, 243 págs.*

En el presente trabajo, el autor retoma la candente cuestión de la antropofagia que los cronistas como Fray Pedro Simón registran en sus informes sobre los primitivos habitantes de la zona del alto Magdalena en Colombia. A partir de una crónica del siglo XVII, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* en la que Simón dedica una amplia sección a la historia de la llamada «Guerra de los indios pijaos», Bolaños analiza esta guerra en su contexto cultural e historiográfico así como su legado posterior en los autores dedicados al tema de la resistencia pijao en el Nuevo Reino de Granada.

El autor revalúa uno de los libros clásicos de las letras coloniales, tomando como punto de partida el tema de la relación entre la historia y la ficción, pero deshaciéndose de todo clisé y poniendo en evidencia la falsa dicotomía entre esos dos espacios. En el primer capítulo vuelve a la conceptualización de la obra según los criterios de la época, destacando los factores que intervienen en su creación, desde las formas de concebir la historia en los siglos XVI y XVII hasta la reapropiación de

las teorías antiguas sobre las razas monstruosas. La consecuencia de esta concepción del mundo, concluye Bolaños, fue la deshumanización del pijao y la legitimación de su exterminio físico. No cabe duda de que este trabajo arroja nuevas luces sobre un episodio sangriento ocurrido en la Nueva Granada, al tiempo que llama la atención sobre las raíces de la intolerancia que ha aniquilado gran parte de las poblaciones indígenas en Hispanoamérica.

El aguafiestas. Mario Benedetti, la biografía, *Mario Paoletti, Madrid, Santillana-Alfaguara, 1996, 266 págs.*

A partir de varias entrevistas que complementa con un trabajo de investigación, Mario Paoletti nos ofrece en esta biografía el retrato íntimo de un hombre singular que vivió tiempos de amor, de guerra y de exilio. De lectura amena, el libro se abre con una serie de ilustraciones que nos van revelando los rasgos de un personaje por todos conocido. Del mismo modo, aporta un notable material fotográfico así como reproducciones de manuscritos –como el primer borrador de su poema «El pez»– y una extensa bibliografía de y sobre Benedetti, que sin duda será de gran utilidad para los estudiosos de su obra.

En catorce capítulos el autor reconstruye la vida de Benedetti, entremezclando la narración de los acontecimientos más importantes de su vida con los testimonios del escritor, así como en el desarrollo de su obra literaria, deslizando algunos versos al hilo del discurso. En el epílogo nos sitúa en Montevideo en 1994, donde el biógrafo busca una ciudad que se ha incorporado a nuestra imagen del mundo a partir de los poemas, novelas, cuentos, ensayos y artículos de Benedetti que hacen memorables los nombres de sus calles y de una manera muy especial evoca sus entrañables personajes: Laura Avellaneda o Ramón Budiño, seres que, como sugiere Paoletti, quizás lleguen a ser más reales para nosotros que sus contemporáneos de carne y hueso.

Ariel, *José Enrique Rodó, Ed. de Belén Castro, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996, 172 págs.*

Como afirma la autora de esta edición, los textos de Rodó son un punto de referencia insoslayable a la hora de reconstruir la historia de la idea de Hispanoamérica. De ahí la importancia de una reedición de *Ariel* que desde el presente aporte otra interpretación de un discurso que ha contribuido a fijar los rasgos de lo americano y que además incluya, no sólo una revisión filológica del texto –actualización de la puntuación, contrastación de las distintas ediciones–, sino, como en este caso, una lectura a partir de la cual se pueda redimensionar la obra del escritor uruguayo y medir su enorme influencia en la toma

de posiciones ideológicas y estéticas en el ámbito hispanoamericano de principios del siglo XX.

Como se sabe, Rodó sintetiza la búsqueda filosófica y estética de su tiempo y la tentativa de fundar una cultura americana capaz de cristalizar los más altos impulsos intelectuales. Este ideal cultural tachado de libresco, según Belén Castro, debe entenderse como fenómeno finisecular vinculado al modernismo, como aspecto de un proceso de apertura hacia Europa por parte de la intelectualidad hispanoamericana ansiosa de modernidad.

El estudio sobre *Ariel* que incluye esta edición recoge y contrasta distintas lecturas del texto a partir de su publicación, desde sus entusiastas defensores, como *Clarín,* hasta sus detractores como Alberto Zum-Felde o Luis Alberto Sánchez. Efectivamente, el concepto de lo americano en Rodó es polémico en tanto se engloba dentro de la «latinidad», dejando de lado realidades como la indígena y fenómenos como el mestizaje, olvidos que en este caso sólo podemos explicar dentro de la propia obra.

Obra poética, *José Asunción Silva, Ed. de Jesús Munarriz, Madrid, Hiperión, 1996, 317 págs.*

En el centenario de la muerte del modernista colombiano José Asunción Silva, la editorial Hiperión quiso rendirle un homenaje reeditando su obra poética y narrativa, como continuación de una serie de eventos celebrados en la Casa de Poesía Silva de Bogotá. La edición que nos ocupa incluye un texto de Álvaro Mutis y una introducción de María Mercedes Carranza, directora de la Casa de Poesía Silva, institución desde la cual se le ha dado una amplia difusión a una de las figuras más sugerentes de la poesía hispanoamericana. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jesús Munarriz que corrigió, pulió e introdujo versos que las anteriores ediciones no incluían.

A la hora de organizar el material se optó por un orden cronológico con el ánimo de introducir al lector en la poesía del colombiano, reconstruyendo desde los primeros poemas escritos entre los 17 y los 18 años, que si por un lado dejan ver cierta inmadurez e imperfección, por otro nos muestran el indiscutible talento de su autor. Asimismo Munarriz ha realizado un cuidadoso trabajo, cotejando los originales con las ediciones de Héctor Orjuela, reorganizando la disposición estrófica de algunos poemas como «Idilio» o «Infancia», y ha completado versos añadiendo palabras para dar sentido y medida a la estrofa, como en «Alas». Del mismo modo se ha precisado la fecha de publicación de algunos poemas, consultando revistas de la época. Sin duda, esta impecable edición será de gran ayuda para los estudiosos de la obra de Silva y a la vez un regalo para los aficionados a la poesía.

En tono mayor. Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica, *María Inés Lagos, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1996, 170 págs.*

En la literatura hispanoamericana al igual que en la europea, se cuenta con novelas que pueden clasificarse dentro del género que conocemos como *Bildungsroman,* desde *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes hasta *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco. Sin embargo, la crítica no las ha estudiado de manera sistemática. En cuanto a la narrativa de tema femenino y escrita por mujeres, existen ejemplos notables como *Ifigenia* de Teresa de la Parra y *La pájara pinta sentada en el verde limón* de Alba Lucía Ángel. No obstante se considera norma del género la caracterización del *Bildungsroman* desde el personaje masculino.

Atendiendo a esta limitación, la autora propone en el presente ensayo una aproximación a los relatos de formación de protagonista femenina como un subgénero aparte, en la medida en que estas narraciones se diferencian de las primeras en tanto la construcción social de la feminidad difiere de la construcción social de la masculinidad, al menos en el período histórico en que se inscriben los textos analizados. Lagos se refiere, entre otras, a novelas de Teresa de la Parra, Antonia Palacios, Rosario Castellanos, Claribel Alegría y Elena Poniatowska, en las que analiza las estrategias narrativas, la dificultad de encontrar un punto de vista, la necesidad de establecer cambios de perpectiva. Asimismo aborda aspectos como la interacción del protagonista y el medio social y familiar que configura su proceso de aprendizaje y temas como la religión y la sexualidad.

José Carlos Mariátegui e il socialismo moderno, *Pier Paolo Petrini, Pisa, Edizione ETS, 1995, 584 págs.*

Sobre la obra de Mariátegui existe un extenso y vasto trabajo crítico de reconstrucción historiográfica y de análisis interpretativo. La vigencia del ensayista peruano no necesita ser demostrada, basta referise a las publicaciones aparecidas en 1994 con motivo del centenario de su nacimiento. Sin embargo, siempre es posible una mayor penetración crítica y una nueva lectura del discurso ético-político del autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.*

Petrini nos presenta en este trabajo una biografía intelectual donde se ponen en evidencia la línea de actuación de Mariátegui y su empeño por transformar la sociedad peruana de los años veinte. En la primera parte examina la situación política y social del Perú, cuando el ensayista incursiona en el periodismo; su exilio en Italia entre 1919 y 1922 y las crónicas que envía a su país, donde es fácil rastrear las fuentes de su pensamiento, a partir de una observación de la

realidad italiana de entonces, que fue decisiva en su evolución intelectual. En la segunda parte nos presenta al ensayista en Lima, inmerso en su actividad periodística y en sus clases en la Universidad Popular. Posteriormente se analiza su activismo político paralelo a la publicación de sus ensayos más representativos.

Esta reconstrucción de la vida y la obra del ensayista peruano nos muestra cómo la existencia de Mariátegui, expuesta a todos los riesgos y llena de dificultades, fue una continua e intensa evolución marcada por el eclecticismo y la contradicción.

Arlt y la crítica, *Omar Borré, Buenos Aires, América Libre, Colección Armas de la Crítica, 1996, 382 págs.*

Roberto Arlt, unas veces rechazado por la crítica y otras consagrado, es uno de esos autores que se engrandecen con el paso del tiempo, quizás por ser la extraña expresión de una identidad negada o asumida. Atendiendo a estas inquietudes, Borré se propone realizar un balance de la crítica en torno a Arlt, incluyendo los comentarios sueltos publicados antes de su muerte y los que ponen en evidencia la repercusión de este hecho.

De ahí que en el primer capítulo se presente un orden cronológico de sus publicaciones con sus comentarios desde *El juguete rabioso* hasta *Los aguafuertes,* incluyendo sus obras de teatro y, finalmente, la crítica posterior a 1942. El segundo capítulo es la cronología en torno a Arlt e incluye textos completos que nunca fueron editados en libros. El tercer capítulo consta de una extensa correspondencia, cartas a su madre y a su hermana, y el cuarto capítulo aporta una bibliografía de y sobre Arlt.

Este trabajo diferencia distintos niveles de crítica: la de lanzamiento (comentario bibliográfico); la de reconocimiento que es posterior y que abre un espacio de lectura e incrementa el número de lectores; y, finalmente, la crítica que busca intertextualidades, implicaciones sociales y políticas y que es mucho más lenta en este caso.

Haciendo un balance de los cincuenta años de crítica posteriores a la muerte del autor, Borré nos muestra de qué manera Arlt, que reunía todas las condiciones para ser un autor olvidado, por no haber hecho concesiones a los poderes culturales, llegó a convertirse en un clásico, uno de los más grandes de la literatura argentina.

El incaísmo peruano; el caso de Augusto Aguirre Morales, *Carlos Arroyo, Lima, Mosca Azul Editores, 1995, 166 págs.*

Aguirre Morales es conocido por haber sido con Abrahan Valdelomar uno de los escritores que en las dos primeras décadas del siglo XX intentaron una reconstrucción imaginaria del imperio incaico.

Esta tentativa es parte importante del renacimiento literario del Perú durante esas dos décadas. Desde esta perspectiva Carlos Arroyo presenta las causas históricas y las raíces sociales de una *belle époque,* arrequipeña y limeña.

Este trabajo explora, en consecuencia, la aventura intelectual y humana del autor del *El Pueblo del Sol* (1924-1927), obra que cuestiona la idea de un «comunismo incaico» difundida por Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* El libro de Morales se convierte en el más ambicioso proyecto del incaísmo modernista peruano, pese a las críticas y a las reticencias que suscita, quizás porque su intento de reconstruir el Tahuantinsuyo, encuentra un obstáculo en el uso excesivo de las formas modernistas.

En este interesante ensayo Arroyo, como se ha dicho, aborda la gran polémica sobre el «comunismo incaico» que en 1925 da lugar a la aparición de la novela de Morales, así como su actividad política, las charlas y conferencias en las que difunde sus ideas y pone en evidencia los aspectos «teocráticos y despóticos» del Tahuantinsuyo, dando a entender que la servidumbre del indio fue mayor en este período que durante la conquista. La obra de Morales, como afirma el autor, no sólo involucra a Mariátegui, sino a una serie de intelectuales como Castro Pozo, Haya de la Torre, defensores todos ellos de las tesis indigenistas.

Dublín al sur y otros relatos, *Isidoro Blaisten, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo, 1996, 189 págs.*

Con estos nueve relatos se presenta en España la obra de Isidoro Blaisten (Concordia, Argentina, 1933) uno de los cuentistas argentinos de mayor éxito.

Estos relatos de Blaisten nos muestran una realidad distorsionada, de modo que la fantasía y el absurdo se filtran por las rendijas de la vida cotidiana, como en «La felicidad» donde los personajes se dedican a recoger objetos abandonados y a clasificar los lugares donde pueden encontrarlos, hasta montar una empresa del absurdo, una parodia de la sociedad capitalista, pero vuelta del revés. Del mismo modo en «Última empresa» el personaje busca flores secas y tréboles entre las hojas de los libros olvidados, a través de los cuales intenta descubrir los secretos de la gente. Sin duda en estos cuentos, en los que se establece una relación mágica con el mundo de los objetos, el narrador incorpora distintos elementos de la tradición fantástica del Río de la Plata, algo de Borges y mucho de Cortázar, que se fusionan en un estilo muy personal en el que destacan el tratamiento del lenguaje, la inventiva y el humor.

Por *Dublín al sur,* Blaisten ha obtenido dos veces el Premio Nacional de Literatura de su país. También obtuvo en 1982 el Premio Concurso de Cuento Argentino Círculo de Lectores entre cu-

yos miembros del jurado se encontraban Jorge Luis Borges y José Donoso.

Consuelo Triviño

Antología del Ensayo Latinoamericano, *Gabriel Cristián Taboada, Buenos Aires, O. R. Sánchez Teruelo, editor, Colombia. 1995. 2 Volúmenes, 285 y 283 págs.*

En dos tomos de desusado tamaño, se presenta esta antología de uno de los géneros más necesitados de estudio y de especial atención por parte de la crítica hispanoamericana. El autor precede su interesante colección de un esmerado prefacio, que dedica al examen del origen y el desarrollo de este tan escurridizo e inalcanzable género, y en el cual hace algunas valiosas consideraciones acompañadas de numerosas notas al pie.

Como el sentido de esta nota es principalmente informativo, creemos que lo más útil será dar una lista de los autores incluidos en cada tomo de esta muy valiosa colección. El primer volumen reúne textos –siempre acertadamente elegidos por su representatividad– de Andrés Bello (el conocido e importante «Discurso Ante la Universidad de Chile»), Esteban Echeverría («Fondo y forma en las obras de imaginación»), Juan B. Alberdi («Ideas Políticas y sobre la Acción Económica Española en América»), Domingo F. Sarmiento (pasajes de *Facundo*), Juan Montalvo (de *El Cosmopolita*), Eugenio María de Hostos («La moral y la literatura»), Manuel González Prada *(Nuestros indios),* Enrique Varona *(Martí),* Alejandro Korn (de *La libertad creadora*), Carlos A. Torres (de *Idola Fori*), José E. Rodó (de *Ariel* y de *Motivos de Proteo*), Carlos Vaz Ferreira (de *Moral para Intelectuales*), Carlos O. Bunge (de *Nuestra América*), Rufino Blanco Fombona *(El pensamiento vivo de Bolívar),* José Ingenieros (de *Las fuerzas morales* y de *El hombre mediocre*), Baldomero Sanín Cano (de *El Humanismo y el Progreso del Hombre*), Franz Tamayo (de *Creación de la pedagogía nacional*), Manuel Ugarte (de *El dolor de escribir*).

En una obra de antología que abarca un espacio temporal tan amplio y que supone un número tan grande de autores, casi siempre elegidos con verdadero acierto, es muy difícil ponerse de acuerdo, coincidir diríamos con el colector, en cuanto a qué autores y cuáles textos de cada uno son los más representativos. Creemos que el señor Taboada ha realizado una labor verdaderamente certera en cuanto a los nombres y a los textos que ha publicado y que los pasajes aquí colectados representan casi siempre con claridad las tendencias e ideas de cada escritor.

El volumen segundo reúne a estos autores y obras: Alcides Arguedas (de *Pueblo enfermo*), Ricardo Rojas *(Eurindia),* José Vasconcelos *(La raza cósmica),* Anto-

nio Caso *(La existencia como economía, como desinterés y como caridad)*, Francisco García Calderón *(La creación de un continente)*, Pedro Henríquez Ureña *(La utopía de América)*, Ricardo Sáenz Hayes *(Miguel de Montaigne)*, Alfonso Reyes (de *Los trabajos y los días, La experiencia literaria* y *El Cazador*), Francisco Romero («Enrique José Varona»), José Carlos Mariátegui (de *Siete ensayos*), Ezequiel Martínez Estrada (de *Radiografía de la Pampa*), Samuel Ramos (de *El perfil del hombre y la cultura en México*), Antonio S. Pedreira (de *Insularismo*), Jorge Mañach *(Teoría de la frontera)*, Benjamín Carrión *(Cartas al Ecuador)*, Jorge Luis Borges («La supersticiosa ética del lector»), Juan Marín *(Ensayos Freudianos)*, Germán Arciniegas *(Este pueblo de América)*, Luis A. Sánchez *(Examen espectral de América Latina)*, Mariano Picón Salas *(Regreso de tres mundos)*, Guillermo Francovich *(Ídolos de Bacon)*, Benjamín Subercaseaux *(Chile o de una loca geografía)*, Eduardo Mallea *(Historia de una pasión argentina)*, Bernal Díaz del Castillo y Luis Cardona y Aragón *(Guatemala, las líneas de su mano)*, Arturo Uslar Pietri (de *Las Nubes)*, Fernando Díez de Medina (de *Thunupa)*, Enrique Anderson Imbert *(La flecha en el aire)*, Ernesto Sábato (de *El escritor y sus fantasmas*), Leopoldo Zea *(América como conciencia)*, Octavio Paz («Poesía en libertad»).

El útil y bien pensado volumen de Gabriel C. Taboada tiene, al final, páginas 277-79, una informada bibliografía sobre el tema del ensayo hispanoamericano, acerca del que tanto resta por estudiar. Estos dos tomos son un paso afirmativo en esa dirección.

Rodolfo A. Borello

Diccionario quechua - español - quechua/Qheswa - español - qheswa simi taqe. Academia Mayor de la Lengua Quechua, Municipalidad del Qosqo, Qosqo, 1995, 928 págs.

En Cusco (o Cuzco, y últimamente Qosqo) se ha publicado el diccionario quechua más actualizado y completo existente. Es una obra encomiable en todo sentido; esto incluye el esfuerzo por normalizar la escritura sin miedo a una cierta complejización, así como la inclusión de cinco fonemas vocálicos (con otros tantos grafemas) en lugar de los tres que prefieren otros quechuistas.

Los autores han seleccionado más de 20.000 voces de un total de casi 24.000 originariamente recopiladas. Es lógico, así, que hayan quedado fuera algunas especiales (como *pakasara* y *kutisara*), aunque extraña la falta de la conjunción *o* en la parte castellana. En otras tan complejas y de autoría múltiple es también de esperar que se produzcan diversas faltas típicas como las siguientes: 1) Algunos términos figuran casi escondidos, como *wawke* «hermano» (versión

ayacuchana de *waike*), al que sólo se hace referencia (pero sin mención de ese significado) al final de *waike,* «semejanza». 2) Hay falta de simetría en algunos casos aislados: s.v. *Hamanpacha* se registra *Ukhupacha* como antónimo, pero no a la inversa; s.v. *tutamanta* falta «temprano», que sí figura en la parte castellano/quechua, etc. 3) La escritura no es del todo uniforme en las palabras compuestas: hay un artículo *Ukhu Pacha,* pero s.v. *Hananpacha* hallamos la grafía *Ikhupacha;* o bien aparecen gentilicios unas veces con mayúscula y otras con minúscula: *ch'ankas* s.v. *Wiraqocha,* v.s. *Ch'anskas* s.v. *Qosqo* (deberían escribirse siempre con minúsculas, al igual que los de topónimos como *tawantinsuyano*). 4) Finalmente constatamos algunas erratas, por ej. *joven,* escrito siempre con acento.

Un problema de simetría más complejo hallamos s.v. *killa* «luna», que incluye como ejemplos. *wañuy killa* «eclipse de luna» y *killa wañuy* «novilunio» (*wañuy* significa «muerte» y «morir»); en la parte castellana, encontramos *eclipse de luna* «klilla wañuy» (aunque también «wañuy killa» para Cajamarca) y *novilunio* «mosoq killa» (s.v. *mosoq* «nuevo» hallamos asimismo *mosoq killa* «luna nueva»); en resumen: si bien no es imposible, la expresión *killa wañuy* «novilunio» podría ser un error de registro, porque no concuerda bien con el resto de las expresiones relacionadas. Para concluir, nótese que la información dada sobre el Inka vencedor de los ch'ankas es contradictoria: una vez se atribuye esta victoria a Wiraqocha (s.v. *Wiraqocha*), otra a su hijo Inka Yupanki, posteriormente llamado Pachakuteq (s.v. *Qosqo*), al mismo tiempo que nada se dice al respecto s.v. *Pachakuteq* e *Inka Yupanki;* en este último artículo tampoco se indica la identidad de Inka Yupanki y Pachakuteq.

Quien emplee este diccionario notará que las escasas observaciones críticas precedentes no afectan su utilidad en la absoluta mayoría de los casos; por el contrario, esta obra reúne una infinidad de informaciones lingüísticas inobjetables y una ingente cantidad de datos históricos, geográficos y culturales sumamente valiosos para todo aquel que se interese por estos temas. Auguramos a este diccionario el mejor de los futuros.

La verdadera escritura aymara. José Huidobro Bellido / Freddy Arce Helguero / Pascual Quispe Condori; A-Sepiita/CIEACIMA, La Paz, 1994, 141 págs.

Este librito consta de cuatro estudios, tres de los cuales provienen de la sola pluma de Huidobro y se titulan «El sacrificio de la llama en la Isla del Sol», «Culto a las montañas» y «Los dioses andinos no han muerto». A pesar del interés temático de los dos primeros, su redacción los aleja por completo de lo que suelen considerarse publicaciones científicas.

El trabajo restante, que da título al libro, es de autoría compartida; su novedad consiste en la presentación de un alfabeto supuestamente redescubierto por Quispe en la región de Tiwanaku; nada se nos dice de las circunstancias del hallazgo ni de posibles textos escritos en el mismo. Tampoco necesitamos esos datos, ya que las semejanzas de las vocales de esa escritura con las de la nuestra bastan para denunciar dicho descubrimiento como fraude.

Sobre una auténtica escritura andina anterior a la conquista existe ya el libro *La escritura indígena andina,* de Dick E. Ibarra Grasso (La Paz 1953), que trata de un sistema de tipo jeroglífico que sigue en uso en territorios bolivianos de habla aymara para escribir oraciones cristianas y otros textos semejantes de la religión invasora; si su carácter jeroglífico no fuera suficiente, bastaría su lectura bustrofédica para eliminar la sospecha (algunas veces sostenida) de que se trata de una escritura introducida por los misioneros europeos. Entre la cantidad relativamente grande de publicaciones de otros autores sobre temas semejantes destacan los estudios de Thomas Barthel sobre los tocapus (signos que aparecen en vasos ceremoniales y vestiduras incaicas).

Agustín Seguí

Agenda

Cabrera Infante en Madrid

Entre el 4 y el 7 de noviembre de 1996 se desarrolló en la madrileña Casa de América una Semana de Autor organizada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en torno al escritor cubano Guillermo Cabrera Infante.

En el primer día, y por expreso convenio con Cabrera Infante, la profesora Rosario Hiriart hizo una semblanza de la persona y la obra de Lydia Cabrera, antropóloga y escritora cubana muerta, a edad avanzada, en el exilio de Miami. Se quiso así rendir homenaje a las figuras intelectuales que compusieron y componen dicho exilio, pues, como aseguró Cabrera, no hay una Cuba sino dos, y es necesario afirmar la identidad de la Cuba peregrina, que incluye nombres como Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Gastón Baquero y Eugenio Florit.

Lydia Cabrera se dedicó, como su maestro Fernando Ortiz, al estudio de la cultura afrocubana, pero quedó claro en el coloquio que el mulataje es sólo un aspecto de la historia cultural de Cuba, y no debe reducirse la misma a dicho aspecto, pues Cuba se ha hecho, culturalmente, con aportes variopintos, desde el chino al anglosajón.

César Leante evocó su conocimiento juvenil de Cabrera Infante y su trabajo al frente de *Lunes de Revolución,* entre 1959 y 1961, tarea que se cortó cuando Fidel Castro pronunció su discurso a los intelectuales, en el cual no concebía ninguna actividad cultural fuera de la revolución misma.

Por fin, Enrico Mario Santí esbozó una situación de Cabrera Infante, sobre todo por su novela *Tres tristes tigres,* dentro del llamado *boom* de la literatura latinoamericana en los años sesenta. Este movimiento de tipo editorial nació marcado, según Santí, por una profunda contradicción: la mayoría de sus miembros eran simpatizantes del comunismo y se apoyaban, a la vez, en la poderosa industria capitalista. La literatura cubana aportó varios nombres al *boom*, aparte del escritor invitado (Sarduy, Arenas, Carpentier); pero la evaluación final ha obviado, en opinión de Santí, dos elementos esenciales: que *Tres tristes tigres* es la novela paradigmática del lenguaje y, por ello, el núcleo de la estética que supuestamente representó el *boom,* y que el antecedente más importante es la obra en verso y prosa de José Lezama Lima, excluido injustamente del fenómeno.

Bajo el rótulo de «La técnica literaria de Guillermo Cabrera Infante», discurrió la mesa del segundo día. El moderador, Juan Cruz, hizo una semblanza afectiva del novelista cubano y contó algunas anécdotas de sus lecturas señalando que *Tres tristes tigres* fue para él una revelación que le cambió la vida. Este fue el signo de la mesa redonda: los lectores transformados por la novela, y por lo tanto una visión casi mítica y mitológica de la misma. Jacobo Machover se centró en la tarea propiamente literaria (gesto que hay que agradecer) y disertando sobre las nociones de muerte y compromiso moral en la obra de Cabrera. En relación a las preocupaciones políticas, Machover destacó la obra de Cabrera Infante como un paréntesis frente a la voracidad de la historia: el autor cubano indaga en la memoria, la suya y la de la Cuba prerrevolucionaria, defendiendo esa «isla» frente al futuro e incluso, afirmó, frente al presente. Pesimismo lúcido que, por un lado, destaca el valor de lo que fue y al tiempo, descree de la posibilidad de encarnarlo en el presente, a no ser en el tiempo sin tiempo de la novela. Quizás más dudosa fuera su observación de que la infancia es recordada por el autor de *La Habana para un infante difunto* sin interpretarla, ahondando casi con la misma ingenuidad con que se la vivió. En una de sus intervenciones, Cabrera Infante respondió de alguna manera a esta aseveración diciendo que sus libros estaban hechos con palabras, palabras, palabras y que, a pesar de que tenía una idea de lo que quería hacer, eran las palabras las que indicaban el camino. Es decir, que no hay escritura ingenua, y menos la de este irónico y afilado escritor habanero. Final-

mente, Machover, que hizo un interesante recorrido por los libros de Cabrera, definió su tarea como una búsqueda de La Habana perdida. Rosa Pereda, al igual que Cruz, destacó la primera lectura de Cabrera, estuviera entonces de acuerdo o no con sus posturas políticas, como un hecho transformador de su vida. También hizo un repaso de las principales novelas del autor cubano destacando los recursos paródicos como esenciales en la construcción de su mundo novelístico. La escritura catalana Marta Pessarrodona también hizo autobiografía y recordó su pasado en el mundo editorial al tiempo que descubría, con puntualidad, los libros de Cabrera. Su intervención fue muy literaria, plagada de siglas con las que jugaba con los juegos a los que nos tiene acostumbrado el gran escritor cubano, quien cerró el acto diciendo que «las palabras cambian la memoria».

Bajo el epígrafe de «Cuba nuestra: literatura y política» fluyó el acto tercero, moderado por el novelista y crítico Valentí Puig. Carlos Franqui situó a Cabrera Infante en la Cuba anterior a la revolución castrista, contó anécdotas e hizo historia política subrayando la solidaridad de Cabrera con la izquierda cubana en tiempos de Batista y su actividad en lo que llamó «revolución cultural», haciéndose eco del Martí que defendía la cultura como el acceso a la libertad. Fue inevitable que Franqui refiriera sus propios avatares políticos y culturales, y aunque sin hablar propiamente de Cabrera, sí lo estaba situando en un mundo que sería determinante en el dominio de su imaginario. Valerio Riva, editor italiano y amigo tanto de Franqui como de Cabrera, contó anécdotas interesantes sobre las dificultades para publicar a Cabrera en Italia, las rocambolescas pretensiones de Lisardo Otero y el Premio Biblioteca Breve (Barral) y de cómo él se convirtió, por solidaridad, en un exiliado sin mérito pero con simpatía moral. Antes de que se proyectara el corto *P.M.*, su autor, Orlando Jiménez Leal, relató las venturas y desventuras del cine cubano en los primeros años de la revolución, las dificultades que tuvieron para apartarse de la propaganda y de cómo este inocente corto, con momentos de una gran calidad, no sólo testimonial, se convirtió en un asunto de Estado. Sin duda, se salía de la cara frase de Castro «Dentro de la revolución todo; fuera de la revolución, nada».

Por fin, la última jornada de la semana fue dedicada al cine, una de las pasiones más conocidas de Cabrera Infante y una de las influencias notorias en su técnica narrativa. Fernando Savater, como cinéfilo, intervino para confesar su escaso entusiasmo por la crítica cinematográfica y su gusto por los artículos que Cabrera Infante escribió sobre la materia, como los recogidos en *Arcadia todas las noches*. Revelan, en efecto, el placer de ir al cine y no reducen las películas a esquemas conceptuales y abstractos. Por su parte,

Vicente Molina Foix describió al agasajado como guionista de cine y espectador culto, formado en la cinemateca de La Habana, comparable a otros escritores que dejaron páginas sobre el cine, como Moravia, Borges y Graham Greene. Señaló que le interesaba la opinión de Cabrera Infante aun cuando pudiera disentir de sus gustos (por ejemplo: su desaprobación de Bertolucci), coincidiendo en los grandes ejemplos, a contar desde Hitchcock.

El director de cine Fernando Trueba opinó que los escritos de Cabrera Infante sobre cine *(Un oficio del siglo XX,* etc.) no forman parte de la historia del cine sino del cine mismo, que es, para el escritor cubano, el cine sonoro, pues el mudo apenas significa una expresión imperfecta del otro. El encanto del cine resulta de su irreductible magia, misterio, maravilla, ante los cuales se estrellan los intentos de racionalización, algunos ilustres, tal el caso de John Huston.

Cerró la rueda de intervenciones el propio Cabrera Infante, quien evocó sus tiempos de periodista en *Carteles* y *Bohemia*, incluido un proceso por obscenidad que le obligó a utilizar el pseudónimo de G. Caín. La crítica habanera de su tiempo, anterior a la revolución, estaba circunscrita al cine norteamericano y se limitaba a la crónica. Él intentó introducir otros elementos, tomados de la diversidad cultural y de una dura selección de modelos.

En América

El cine en las dos orillas

Los documentales y cortometrajes forman parte del cine; sin embargo no siempre cuentan con el suficiente apoyo e interés del público, más entregado a la dimensión espectacular de lo cinematográfico. Aunque las producciones de larga duración no están reñidas con el documento ni con la búsqueda de un público exigente, parece que hay temas y formas que cada vez les son más propios al pequeño formato. El Certamen Internacional de Cine Documental y Cortometraje de Bilbao constituye un ámbito de resonancia y proyección de estas creaciones. Las dificultades que plantean la comercialización y distribución de la producción cinematográfica iberoamerciana y, particularmente, el documental y el cortometraje, ha llevado al Instituto de Cooperación Iberoamericana a concertar, con la Dirección de este certamen, la organización de estas muestras que pretenden acercar a un amplio público algunas de las expresiones más relevantes proyectadas a lo largo de sus treinta y seis ediciones.

También ha pretendido el ICI rendir un homenaje a los creadores iberoamericanos y al propio Certamen de Bilbao, que se ha constitui-

do en una plataforma de difusión de la obra de jóvenes cineastas y en un punto de referencia en el espacio audiovisual iberoamericano. Citaremos sólo los nombres de los autores galardonados: Alfonso Ungría (España), Santiago Álvarez (Cuba), Imanol Uribe (España), Stefan Gladin (Rumania), Miguel Ángel Díez (España), Maite Ugas (Cuba), Chumy Chúmez (España), Felipe Cazals (México), Nicéforo Ortiz Arrufat (España), Herminio Barrera (Colombia), José Luis Garci (España), Ciro Durán (Colombia), Miguel Alcobendas (España), Carlos Azpurúa (Venezuela), Manuel Soto y Guillermo Escalón (El Salvador), Grupo Memoria (Chile), Hugo Roncal (Bolivia), Taller de Animación (México), Julián Pavón (España), Antonio Cano (España), Amalio Cuevas (España), Calpurnio Pisón (España), Mario Jacob y Alejandro Legaspi (Perú), Marcello G. Tassara (Brasil), Estela Bravo (Cuba) y Fernando Colomo (España).

Las obras premiadas han recorrido, desde mayo a diciembre de 1996, un circuito latinoamericano (México, Cuba, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil). Hay que destacar la Semana del Cine Español, en los mismos países citados y en los que se ha podido ver *El rey del río, Una casa en las afueras, El palomo cojo, Besos y abrazos, Yo me bajo en la próxima ¿y usted?, Morirás en Chafarinas,* y *La niña de tus sueños.*

El fondo de la maleta

Toulouse-Lautrec en la March

Entre octubre de 1996 y febrero de 1997, la Fundación Juan March ofrece una bien provista y mejor seleccionada exposición de Henri Toulouse-Lautrec. Es tarde ya para descubrimientos, pero el arte resulta siempre oportuno en sus novedades. Consecuencia: Toulouse-Lautrec, aunque evoque, con cierta puntualidad, unos ambientes lejanos en el tiempo, parece, como dice el entusiasmo del espectador capaz de entusiasmarse, «recién pintado».

No es casual esta reacción. Tal vez porque, precisamente, en ese nudo gordiano de la pintura moderna que es el llamado impresionismo, estén escritos sus destinos. Ante todo, en razón de que es una pintura llena de mundo y, a la vez, disparada hacia la abstracción. Los personajes de Toulouse tienen una intensa historia, documentada en sus rasgos, sus vestimentas, su mirada, el esbozo de sus actitudes, hasta el grano de su piel y el color de su pelo. Pero esa historia es muda, no la podemos explicitar, sólo existe en el cuadro. Se liga a la historia de algunos otros sujetos que deambulan por la tela y el

contorno del dibujo los encierra como en una cápsula (un recurso que el diseño modernista explotará con obsesión). Más allá, el mundo se disuelve en trazos sin referencias o superficies vacías. Las varillas del *tou-tou* de la bailarina, los flecos del mantel, las manchas de humedad de la pared, se tornan líneas dramáticamente entrecruzadas, manchones, ceniza de las cosas. Los objetos empiezan a desaparecer cuando el cuadro se consuma y el mismo cuadro, en sentido tradicional y mimético, desaparece con ellos.

A Toulouse le atraían los cuerpos que danzan: las bailarinas, hasta algún bailarín negro: cuerpos que pasan con rapidez por el espacio, dejando un rastro de aire en movimiento, una talla de oquedad, una abstracción. Toulouse intentó atrapar, inmovilizándolo, el gesto raudo del cuerpo que baila. Llevado al extremo, este intento vuelve a dar, de nuevo, en la abstracción. Lo comprobamos en los esbozos para los retratos de la bailarina norteamericana Loïe Fuller, de la cual nos han quedado algunos breves filmes coloreados a mano. Envuelta en metros de gasa, la Fuller era una suerte de gigantesca mariposa de pacotilla, flechada por las luces del proscenio, una nube luminosa en constante deformación, todo menos un cuerpo. A Toulouse debió hechizarle esta capacidad taumatúrgica de la Fuller: hacer del cuerpo un manchón luminoso. En la luz, la carne se abstrae.

Los seres tulusianos no hablan. El pintor los suele sorprender en gestos muy concentrados pero carentes de palabras. Aunque se sitúen en lugares abigarrados, como el cabaret o el burdel, las escenas de Toulouse son silenciosas. Más bien, esta gente parece estar escuchando, en el silencio, la llegada de alguna palabra. También en esta mudez y en esta sordera del orbe tulusiano, hay algo de abstracto. Las mujeres que se embriagan, solitarias, o se abrazan con ternura fraterna, los burgueses que aproximan una oferta al oído de las *cocottes*, las suripantas en el momento de pasar de las bambalinas al proscenio, se detienen el mínimo de tiempo preciso para que Toulouse les ordene acallar todo sonido, porque está por atrapar al fantasma, por volver la luz la densidad momentánea del cuerpo, por mostrar el fondo del mundo como una malla de hilos nerviosos, tendidos hacia un destino que está fuera del cuadro, tal vez esa palabra que todo lo explique. Mientras tanto, Toulouse consigue la inmovilidad y el silencio, seguramente porque ha prometido a su gente la eternidad.

El doble fondo

Adiós a Enrique Molina

El último poema que publicó Enrique Molina el año de su muerte, tal vez haya sido el último que escribiera, lo tituló «Adiós», y en él se despedía de lo que había amado: el vuelo de la gaviota, la cabellera de una mujer, el rostro de una mujer, los ríos y las plantas, una mosca, el sol, el misterio irresoluble de esta tierra. «Un día más –escribió en ese poema–, sólo un minuto más para estar vivo y despedirme de cuanto amé», sabiendo que desde el instante del nacimiento la vida no fue más que despedida, un tocar las cosas que se alejan irremediablemente y que, a su vez, regresan, de otra manera, bajo la palpitación del tiempo.

En su último poema, Molina se despedía y ahora nos vemos nosotros en la obligación de despedirnos de él, pero al hacerlo lo recordamos y lo recobramos, aliado ya para siempre a un puñado de libros en los que se encuentran varios de los poemas más verdaderos que se han escrito en español en este siglo. El primer libro suyo que se publicó en España fue una antología, *Amantes antípodas y otros poemas,* con un prólogo del hispanista André Coyné (Ocnos, Barcelona, 1974). No tuvo una gran acogida entre nosotros, pero en algunos dejó una huella imborrable. Aunque luego escribió poemas de valía, tal vez ya se encuentre ahí lo que será su obra definitiva. Los títulos son significativos: *Las cosas y el delirio* (1941), *Pasiones terrestres* (1946), *Costumbres errantes* o *La redondez de la tierra* (1951), *Amantes antípodas* (1961), *Las bellas furias* (1966). La sensibilidad terrenal y cósmica del poeta argentino se hace patente desde los títulos mismos. A los mencionados podríamos sumar estos otros, posteriores: *Los últimos soles* (1980), *El ala de la gaviota* (1990), o *Hacia una isla incierta* (1992), su último libro. Fue autor también de una narración a la vez histórica y poética es decir: hija del documento y de la imaginación, *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman* (1973).

Vivir y escribir fue siempre para Molina partir. Podría haber tomado como divisa el verso de un autor que él mismo tradujo, Blaise Cendrars: «cuando se ama hay que partir». Recordamos haberle oído contar la historia de un relato que nunca llegó a terminar y cuyo argumento era una pareja que viajaba en un tren sin alcanzar nunca el final. La vida como errancia por un planeta extraño y, a la par, fascinante.

Su obra no puede entenderse sin cierta poesía francesa de mediados de siglo (Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont) y aún menos sin la literatura y las actitudes surrealistas. En cuanto a nuestra lengua, ci-

taremos dos nombres tutelares: Cernuda y Pablo Neruda. En el primero vio la rebelión y la afirmación del deseo como fundador de la persona frente a la podredumbre de lo necesario; en el segundo, la naturaleza americana, el erotismo como iluminación y sombra. Vio, además, en Neruda, ciertos procedimientos formales (relativos a la prosodia y a la metaforización) de los que hizo un provecho no mimético sino creativo: los heredó y los transformó.

Pero esta no es una página de crítica literaria sino el adiós al poeta y al amigo, ajeno ya al «errante corazón del tiempo».*

* *En este número reproducimos tres* collages *inéditos de Enrique Molina.*